

Januario Espinosa.

APUNTES DE SEMÁNTICA

TODOS los que conocieron al eminente profesor del Pedagógico, don Enrique Nercasseaux y Morán, han de recordar sus intransigencias en materia de lenguaje: no toleraba que se usara vocablo alguno que no figurara en el Léxico oficial, y conversar con él era exponerse a una serie de rectificaciones. Tomás Gatica Martínez ha referido con mucha gracia en artículos de prensa, y en privado, las incidencias a que daban lugar esa manía purística del gran catedrático. No aceptaba don Enrique, según Gatica, que se dijera *cacho* en vez de *cubilete*, *góndola* por *jardinera*, *carrusel* en vez de *tiovivo*, *sandwich* por *emparedado*, etc. Tachaba también *torreja*, de uso tan corriente, y preconizaba que debería decirse *luquete*. Y no se fijaba que existe en el diccionario la palabra *torrija*, «rebanada de pan». Ha habido, pues, en este caso un ligero cambio morfológico y otro, también ligero, de carácter semántico, pues no va mucha distancia de *rabanada* a *torreja* en cuanto al sentido.

Era, en realidad, laudable, la actitud del señor Nercasseaux en defensa de la pureza del idioma: sólo que, si le obedeciéramos estrictamente, nos expondríamos a no hacernos entender de nadie. No paraba mientes en que son numerosas las palabras que han cambiado de sentido y especialmente en que un mismo vocablo tiene diferente significado en cada país o zona de países,

de los que forman la masa hispanoparlante. Un ejemplo: *chapa*, según el diccionario, es «una hoja de metal, madera, etc.», y en Chile empleamos el mismo vocablo con sentidos distintos: en vez de «cerradura» y para designar un juego: el del par de monedas que se lanzan al aire. Decimos también «afirmar las chapas» por «portarse valiente y decidido». Si vamos al origen de esta palabra, nos encontramos con que estaba predestinada a graves cambios semánticos al pasar de un idioma a otro. Origen de nuestro *chapa* ha sido el francés *chape*, «capa que usan los prelados y cardenales». La palabra francesa deriva, a su vez, del latín *capere*, «contener».

Nada ha indignado más a los puristas que se le dé a *nimio* un sentido precisamente el contrario del verdadero. Pero todas sus protestas no han impedido que el vocablo persista en su nuevo significado, en conversaciones y escritos. No ven que es este un simple caso de etimología popular, originado, según costumbre, por parecido de forma con otro vocablo: *mínimo*. Una cosa semejante está ocurriendo con la palabra *tráfico*, que ha tomado el sentido de *tránsito* tanto aquí como en otros países de habla castellana: últimamente leímos a grandes títulos en una revista argentina «Tráfico de automóviles». En la Dirección de Correos y Telégrafos hay un «jefe del Tráfico»: es el que tiene que ver con el tránsito de telegramas. Y el hecho es que ya nadie usa «tráfico» en su correcto sentido, «comercio», y sólo empleamos *traficante* en su calidad peyorativa.

¿Y cómo podríamos los puristas atajar a las palabras en su natural evolución? Las hay que cambian tanto en su significado que los etimólogos tienen a cada instante motivos de asombro. Y lo más común es que el mismo vocablo dé lugar a muchos otros de distinto sentido. Menéndez Pidal en su «Gramática histórica» y el Padre Restrepo en sus «Elementos de Semántica» citan, entre otros, el caso del latín *tym-*

panus, «tambor», que ha dado lugar a una serie de palabras castellanas: *témpano*, *timbre*, *timbal*, *tímpano*, de acepción tan distinta, y todavía una de ellas, *timbre*, con varios significados a la vez: «campanilla eléctrica o de mano, carácter distintivo de los sonidos, sello, etc.» El mismo Padre Restrepo señala el curioso ejemplo de *frejol* y *bajel*, que tienen el mismo origen: el griego *phaselus*, «aluvia». ¡Quién iba a figurarse que el succulento poroto fuera etimológicamente hermano de un buque! «Nos sorprende, dice, Vendryes, ver que la misma palabra sirva para expresar ideas tan distintas: *cálculo renal* y *cálculo mental*...». Nos explicaremos esto al saber que *cálculo* era una pedrecilla que los romanos empleaban para las votaciones y también para sus cuentas

Concretándonos sólo a Chile, si consultamos el diccionario nos encontraremos con verdaderas sorpresas con relación a vocablos bastante difundidos: veremos así que *volantín* es «una cuerda especial para pescar». Es también un caso de etimología popular, por creer que *volantín* deriva de *volar*. *Maroma*, según el diccionario, es un cordel grueso. Y llamamos *maromero* al saltimbanqui, en vez de *volantinero*, preconizado por el castellano clásico. *Badulaque* era antiguamente el nombre de un afeitado: después pasó a significar «un hombre de poco juicio». ¿Por qué le damos nosotros el significado de «canalla, pillo, etc?» Tal vez por cierta semejanza con *bellaco*. *Bofetada* viene de *buffare*, «soplar» y su acepción es: «golpe dado con la mano abierta en el carrillo». Pecamos, pues, contra el léxico al llamar *bofetada* o *bofetón* a cualquier golpe con el puño cerrado. *Boliche* es «un juego de bolos». Tal vez empezó a llamarse así a los negocios en que hubiera este juego. Aquí lo aplicamos a cualquier almacén pequeño. *Noria* es «una máquina para sacar agua» y la usamos en vez de *pozo*. También solemos llamar *cisterna* al pozo, y *cisterna* es «un depósito subterráneo para conservar

agua». Es uso general, no sólo entre los campesinos, lo de llamar manco al caballo, y ya se sabe que este vocablo significa «falto de un brazo o de una mano». *Chuzo* es «una pica o lanza corta». Aquí lo aplicamos a lo que, según el diccionario, debe llamarse *pico*, y también al caballo ordinario o jamelgo. *Bledo* es una planta, cuyas hojas se comen cocidas, y no algo absolutamente sin valor como damos a entender nosotros. *Borra* es «cordera de un año». Lo usamos en lugar de *hez*. *Concho*, que usamos en el mismo sentido, no figura en el diccionario: es palabra quichua. *Borracha* es «una bota para echar vino». *Botarate* tiene la misma acepción de *badulaque*: «hombre de poco juicio». Este es otro caso de etimología popular: hemos creído que este vocablo deriva del verbo *botar*. *Bronca* es «una broma pesada»; es verdad también que algo tiene que ver esto con «alboroto». *Bolaco* es «ardid, maña, artificio»: no anda muy cerca de la acepción que aquí le damos. *Trápalón* es aumentativo de *trápala*, «persona charlatana, falsa o embustera». Nosotros lo usamos en el sentido de «persona descuidada». Como puede verse por esta lista, tomada al azar en el diccionario, no estamos muy de acuerdo con los cánones del idioma en nuestro lenguaje familiar. Y los ejemplos son muchos, de modo que los puristas recalcitrantes tienen una tarea para rato. Igual cosa ha de suceder en cada país de habla española, incluso en la península

En cuanto a los vocablos nuevos, se puede cosechar buen número de ejemplares en los círculos de juegos de azar o de simple diversión. Así, en la hípica, es de uso corriente *tinca* en el sentido de «intuición». Es bien sabido que este vocablo se emplea también para significar «empeño». Por supuesto, no figura *tinca* en el diccionario, pero en él puede rastrearse su origen. Sin duda, ha nacido de *atincar*, voz, según la Academia, derivada del árabe y equivalente a bórax. Solo que *bórax* también deriva del árabe, y este último es el

nombre que los árabes dan al borato de soda. El vocablo *atincar* no figura en el árabe moderno. Hay, por lo demás, otro dato: según la Enciclopedia Espasa, se da el nombre de *tincal* al bórax natural, es decir como sale de la mina. De cualquier modo, es indudable que se ha llamado *atincar* al bórax en otro tiempo, y como esta sal la emplean las lavanderas para darle más brillo al planchado de cuellos, camisas, etc., por comparación se ha dicho «ponerle tinca» por «ponerle empeño». Y con todo, esto tiene poca relación con el sentido que le dan los jugadores de las carreras a esta palabra (1).

En el mismo lenguaje hípico, se usa mucho *leche* en el reemplazo de «buena suerte» y se llama *lechero* al afortunado que siempre gana. La palabra *batacazo*, «golpe con estruendo», se ha modificado un poco en su forma, y se califica de *batatazo* a la sorpresa dada por el triunfo de un animal poco cotizado en las apuestas. La *nombrada*, es el dato en secreto, una buena noticia respecto a las posibilidades de un caballo en la carrera. *Agachar* un caballo es hacerlo perder. También se dice de un caballo hecho perder intencionadamente que «fué para atrás» o «fué para Australia».

Y, por último, ¿por qué admirarnos de que se den distinto nombre a ciertas cosas de un país a otro, entre los que forman una hermandad lingüística, si también existen estos cambios entre las provincias o regiones de un mismo país? En las provincias de Aconcagua y Coquimbo el pueblo llama *talcas* a los truenos. Tal voz araucana es desconocida del río Maule al sur, en donde, sin embargo, es grande el número de palabras indígenas que han persistido. En las mismas provincias llaman *cocho* a lo mismo que en el sur llaman *chercán*, es decir

(1) El profesor de Gramática del Instituto Pedagógico, don Claudio Rosales, es de opinión de que *tinca*, en esta segunda acepción, es probablemente una adaptación o castellanización de la voz inglesa (*to*) *think*, «pensar». Y esto es muy posible ya que la hípica es un deporte inglés.

el «ulpo caliente». En el sur se ha bautizado *batea* al conocido utensilio para lavar ropa, y que por acá se conoce por el nombre de *artesa*. Ni en el sur ni en el norte andan conformes con el léxico, puesto que *batea* es una «bandeja o azafate» y *artesa* un «cajón para amasar el pan». Sabido es que también se llama *batea* a la especie de palangana, de metal o de madera, que se usa en los lavaderos de oro. *Tiemple* se dice en el sur en vez de *pololo*, y *moza* en vez de *querida*. *Palangana* es usado por allá en el sentido de *farsante*, o de «hombre poco serio». Con paciencia, podría formarse una lista larga de estos regionalismos, prueba clara de lo inestables que son los idiomas... como la vida.

Es, pues, inútil pretender fijarlos, reducirlos a una cosa rígida: pretender, en suma, que se hable en todo conforme a lo determinado por los 36 «inmortales» que se reúnen en Madrid, y que saben tanto sobre lo que realmente ocurre en nuestro idioma, que su propio presidente, don Ramón Menéndez Pidal, a pesar de que es una eminencia en esta materia y poco se le escapa, afirma muy seriamente en su «Gramática histórica» que la «j» se pronuncia como una «H aspirada» en toda la América hispana, cuando en realidad este vicio sólo es propio de Colombia, Venezuela y Centro América. Olvida también de decir que la «z» ha desaparecido como sonido en toda América.

Con aspirar a que se cumplan las reglas gramaticales ya es suficiente; porque a alguna regla tenemos que someternos al hablar y escribir. De otro modo no nos entenderíamos.